

## **El hombre como destino de superación en Francisco Romero**

*Clara Alicia Jalif de Bertranou*

Si se ponen en perspectiva de análisis la filosofía argentina de la primera mitad del siglo XX respecto de la elaborada en el siglo XIX, surge de una mirada general la dificultad para establecer cualquier tipo de paralelo. Mientras ésta se presenta de contenido y forma eminentemente política, pensada como filosofía para la nación, según lo expresara Alberdi, aquélla, la del siglo XX, aparece vuelta hacia un pensar de tipo especulativo, que no guarda punto de encuentro con el siglo XIX y el ingente material que nos legara. Como paradigma de ese vuelco antitético, quizá sea la filosofía de Francisco Romero un buen ejemplo, aunque no el único, y sin embargo tiene implicancias de carácter social que nos parece interesante destacar. Por otra parte de Romero podría decirse lo que Angel Cappelletti expresó de Alejandro Korn:

*...puede ser considerado como un continuador de aquellos espiritualistas argentinos y latinoamericanos que en el siglo XIX se pronunciaron por el liberalismo integral, por la democracia y aun, en ciertos casos, por el socialismo, enfrentándose al mismo tiempo a la Escolástica colonial (que traía consigo el tradicionalismo político y cultural) y al naciente materialismo (naturalismo y positivismo, etc.)<sup>1</sup>*

El pensamiento de Romero, tantas veces evocado por discípulos y estudiosos ha suscitado dos tipos de respuestas que se corresponden con dos momen

tos distintos de la historia de la filosofía latinoamericana. Para muchos, antes que una obra, su trayectoria fue un ejemplo de compromiso con un tipo de actividad que él promovió para alcanzar nivel de profesionalidad, lo que él mismo denominó "normalidad filosófica". Por otros su nombre evoca una etapa, aquella que ha sido llamada de los ontologismos, con fecha anterior a la aparición de las filosofías de los años 60-70. Pues bien, no hay exageración en afirmar que Romero inicia una labor que estaría llamada a tener proyección continental y eso bien se ve en la recepción que su figura tuvo allende la Argentina y en la serie de emprendimientos que inició a través de la vida universitaria, el Colegio Libre de Estudios Superiores, y el asesoramiento editorial. Esa actividad volcada en hechos concretos tiene de suyo una faz destacable, acompañada por un sentir político que él adscribió a un tipo de socialismo humanista como la forma política más conveniente para América Latina.<sup>2</sup>

Muy sentidamente Romero escribió un día del Gral. Enrique Mosconi, uno de sus maestros en la vida y en la profesión, las siguientes palabras:

*La preocupación del bien común, de la grandeza y dignidad de la patria, fue la gran pasión de Mosconi. Enamorado de la obligación cotidiana, de la labor que se cumple en cada minuto, tuvo delante en cada momento la visión del conjunto y del futuro. Quería construir sólidamente en el ahora, pero construir contando con lo venidero, agrandando sus diseños para que en ellos cupiese el porvenir. Acaso la impresión más enérgica que producía era la de que nada resulta imposible para el ánimo resuelto y esforzado. No creo que nadie haya encarnado esta máxima como este admirable argentino, para el cual el poder no era sino el resultado, la consecuencia natural del deber.*<sup>3</sup>

Y en el mismo texto, preparando las palabras sobre sus mayores, nos dice:

*El verdadero maestro es maestro, no en particular, sino en general; la actividad general del hombre es su vida, mejor dicho, lo que personalmente le pertenece y atañe en su vida, su conducta humana. El verdadero maestro es siempre maestro de vida y de conducta.*<sup>4</sup>

En estas palabras, publicadas en 1955, quiso Romero reconocer la fisonomía a la que aspiraba por mostración ejemplar de sus maestros y encierran una posición crítica categórica sobre la función humana.

Reflejo esencial de la etapa junto a Mosconi será la dedicación de Romero a la carrera militar en donde se inicia como autodidacta en las letras filosóficas.

Vocación que lo llevará finalmente a abandonar aquellas tareas para dedicarse de lleno a la docencia en Metafísica y Gnoseología, cuando Alejandro Korn le hace la propuesta. Hombre ya maduro, se propone a sí mismo ser lo que consideraba un hecho auténtico de la existencia filosófica, obligado al estudio y a la reflexión, junto a la promoción de la actividad cultural de la filosofía. Es así como se puede seguir el derrotero de la filosofía argentina de la primera mitad del siglo a través de sus escritos y de su acción, porque la institucionalización de la filosofía mucho le debe.

El mismo declaró a quiénes tenía por figuras rectoras y cuáles fueron las lecturas que orientaron su búsqueda. Es indudable que su pensamiento convoca el nombre de aquellos filósofos que poblaron el siglo, pero habría que distinguir entre los que en el elenco importan para la constitución teórica de su filosofía, y los que interesan como ocupación menor. Su espíritu capta las pulsaciones de la filosofía de la primera parte de la centuria y se siente obligado a tratarla. No es el sistema lo que despierta su atención, es, precisamente, el querer romper con todo sistema, alerta a todo aquello que pueda ser objeto de reflexión universal. No hay grandes teorías que conmuevan su espíritu. Hay sí caminos nuevos que afloran en la época yesos, como sustento y como método, dejarán su huella.

Hacia el comienzo del siglo XX hacen eclosión distintas filosofías que teorizan sobre el tema de la persona. Es sin dudas Dilthey el que abre la brecha como antecedente inmediato en el contexto latinoamericano, pero también lo es Kant, cuyo reflejo aparece renovado en el espiritualismo de comienzos del siglo y es parte de la reacción antipositivista.<sup>5</sup> Una influencia destacable, reiterada en la mención y conocida será la de Max Scheler. Más allá de su nombre, del ámbito de la filosofía extranjera es también preciso traer a la memoria el movimiento personalista que, tanto en el mundo angloparlante norteamericano, como en el francés, tuvo sus destacados representantes.<sup>6</sup> La figura en quien mejor se encarna el espíritu del personalismo en la Argentina es Francisco Romero, sin que lo abandone en toda la extensión de su obra. Está presente tanto en las breves páginas de "Filosofía de la persona" (1935), en "Persona y trascendencia" (1937), como en *Teoría del hombre* (1952). Ese personalismo no sufre cambios importantes a lo largo de su obra, sino que, por el contrario, se explicita cada vez más. Resultado de esta adhesión será que la posición que maneja Romero se enfrente a la filosofía de Nietzsche y, más contemporáneamente, a la psicología de Klages, cuyas opciones por la vida contra el espíritu le parecen un vitalismo de resultados inaceptables. Asume Romero conscientemente el dualismo de la naturaleza que

por un lado atiende a la satisfacción de sus apetencias más vitales (psique), y, por otro, las sobrepasa apuntando a la universalidad y a los valores (espíritu). Contra ellos dirá que el hombre en cuanto ser psicofísico está ligado a su esfera vital, pero en cuanto ser espiritual se independiza de ella, y se independiza para mejor.

La filosofía de Romero, alejada, como hemos dicho, de la voluntad de sistema, es sin embargo pasible de sistematizar. Tiene su coherencia, su andamiaje básico donde las partes o aspectos configuran una visión unitaria de base eminentemente antropológica. Ahora bien, no es propósito de estas líneas encarar esta tarea, que por lo demás ya ha recibido estudios importantes de distinguidos filósofos. Nuestra intención es rescatar lo que tiene de pensamiento visto en proyección social. Concretamente, vincular su filosofía de la persona con lo que llama "sociabilidad".

Conforme con la dualidad inicial de la naturaleza humana, Romero tiende las líneas básicas de este pensamiento en "Filosofía de la persona".<sup>7</sup> Atribuye aquí al espíritu su calidad de forma reciente de la realidad, alimentada por la psique, pero irreductible a ella. Nos dice que tanto el animal como el hombre en cuanto ser psicofísico viven según los mandatos del interés propio y de la especie; situación que se puede revertir en el hombre en cuanto ser espiritual, merced a sus posibilidades de objetivación. Es a propósito de este aspecto que Romero introduce la noción de persona como lo otro del mero individuo. De la persona dirá que no es sustancia o ente del que los actos sean manifestación o consecuencia. Es actualidad, es el conjunto de los actos espirituales de cada sujeto, cuya función sobre el ser psicofísico es la de comando, por eso es autoposesión y autodomínio. Unidad de la que derivan lo que llama el *deber de conciencia* y el *deber de conducta*. Fruto del primero es el conocimiento, el de sí y el de cuanto puede lograrse. El deber de conciencia es el que orienta la acción, *de manera que cada acto nuestro sea nuestro en sentido último y radical*.<sup>8</sup>

La persona es la esfera de la ética, de aquello que se vuelca hacia objetividades, es decir hacia principios o normas. Por la persona, contrapuesta al individuo, el hombre participa del reino universal. Ser persona es ser un otro, un *alien*, es un acto de alienación entendido en sentido positivo, de enajenación con relación a la naturaleza. Por eso dice Romero que todo triunfo del espíritu es coacción

sobre la naturalidad:

*Acaso sea condición permanente del espíritu consumir vida, en cuanto la coarta al someterla a sus propias exigencias, arrebatándole su nativa espontaneidad. Pero, por otra parte, la vida espontánea es lucha, dura competencia, y también la intencionalidad, en cuanto libre juego de los centros individuales, movidos por sus particulares intereses, es con frecuencia conflicto de los individuos entre sí, una hostilidad en la que resultan desperdiciadas enormes cantidades de energía. El espíritu es de por sí y en principio, aunque no lo sea siempre en los hechos, orden, acuerdo, universalidad que tiende él abrazar las particularidades y a coordinar/as armoniosamente, suprimiendo los rozamientos entre ellas.*<sup>9</sup>

Remarquemos dos ideas de este párrafo: que la simple vida es entropía, pérdida de energía que se dilapida en actos vanos y que, además, como nunca el espíritu gana plenamente, el conflicto es parte intrínseca del proceso, pues siempre están instalados los intereses particulares. Con lo cual se podría decir que el conflicto está siempre presente en la realización del hombre. Con el ideal de la persona se trata de algo así como una idea regulativa, ideal que entra de lleno en la esfera de la ética. En verdad es esta esfera como meta suprema la que permite realizar y explicar todo el proceso evolutivo desde lo inerte, pasando por lo biológico y lo psíquico hasta llegar a lo espiritual, donde éste explica a lo inferior y no viceversa. Más certeramente, como ideal es lo que explicaría todo el proceso de trascendencia o impulso metafísico que recorre toda la realidad. Por otra parte, la espiritualidad tiene espesor histórico:

*...la vida humana, la que aquí importa, ha crecido prodigiosamente a lo largo de los siglos, por motivos entre los cuales ha de reconocerse como muy importante la parte del elemento espiritual (descubrimientos científicos, paulatino reconocimiento de los derechos, etc.). ..<sup>10</sup>*

Ahora bien, ese proceso no es mecánico y si no queda explicado en las etapas previas de desenvolvimiento (cómo se produce o se da ese impulso en el nivel físico y biológico), Romero sí dice que el centro personal es de índole volitiva. Sin voluntad no habría persona. Esto conduce a otra consecuencia: la posibilidad del juego entre actuar meramente como individuo o como persona lleva en sí el concepto de contingencia, que aunque Romero no lo menciona, está presente. Que el hombre es constitutiva mente contingente y que sólo por la voluntad pueda

devenir algo superior lo muestra el hecho de que la vida propiamente humana no sea naturaleza. Es una conquista constante, individual fruto de un querer y esto es lo que hace que la persona sea siempre singular, al mismo tiempo que funda la diferencia con los demás entes contingentes. Por la persona el hombre se realiza como ser libre y hasta se podría decir que es un acto de violencia contra la naturaleza, por eso es máscara o sobrenaturaleza. Sin duda que *El hombre es originariamente un ser natural, con la siguiente importantísima reserva: que la naturalidad en él es de tal orden que, o se queda en naturalidad, contraviniendo la ley de su desarrollo y negándose en cierto modo a sí mismo, o adelanta hasta llegar a las actitudes espirituales,*<sup>11</sup> Ahora bien, lo que no queda claro es el rango que le concede a esa voluntad, si se trata de un querer individual, empírico, o de un querer metafísico, supraindividual. En realidad parece ser una voluntad a priori del ser, con alcance trascendente.

Por el ser persona estamos en la esfera de la espiritualidad y el peso de la teoría antropológica de Romero está puesto, precisamente, en esa espiritualidad, es decir, en la vinculación de la praxis activa como determinante de cierto grado de autonomía espiritual y de cierto espíritu de iniciativa histórica presente en cada hombre. El espíritu no es entendido como un algo trascendente, de origen divino, sino terreno, inmanente, histórico y, por ende, material. Tiene su lugar en una dirección horizontal, constituida por lo social, se pone en marcha y ejercicio con relación a otros seres humanos. La persona es el grado sumo del espíritu, sujeto de actos desinteresados, conquista constante. Es un plus:

*...la vida y la intencionalidad ganan con el control espiritual, porque este control tiende a imponer un orden superior que disminuye el derroche inútil, la competencia ciega y abundante en dolores y fracasos.*<sup>12</sup>

Esto hace de la persona algo único y es lo que funda la diferencia con los demás entes contingentes. La realización de la persona funciona como concepto límite, es parte de la utopía humana, y es al mismo tiempo una idea reguladora. Desde el horizonte de la realización individual es establecer un marco referencial paradigmático en base al cual las acciones de los seres humanos no sólo se nos vuelven inteligibles, sino también realizables. La persona, entendida como orden ideal, se convierte en motor de lo posible, y es, al mismo tiempo, desenmascaramiento de acciones no éticas o amorales, sumergidas en el dominio del individuo con su fuerza centrípeta. La construcción de la persona tiene, igualmente, una doble faz: es reducción y es potenciación. Reducción de las fuerzas naturales

reducción que sólo se da parcialmente en los hechos-, y potenciación o liberación de las fuerzas más humanas y por lo mismo más espirituales, que también se da parcialmente, porque individuo y persona están constantemente en lucha. Cuando uno avanza la otra retrocede. Es, por idéntica razón, potenciación de la trascendencia y universalización de lo que los hombres tienen de seres humanos como lo más propio de su escala evolutiva:

*El hombre logrado y completo, no como ficción o imagen idealizada, sino como realidad histórica es el que se nos muestra como un complejo en el cual la mera intencionalidad (es decir, la simple objetivación presente en todo sujeto) y el espíritu alternan y se conjugan.*

y en la misma página nos dice:

*...es indispensable en alguna medida el espíritu para que reconozcamos aquello que en sentido propio denominamos lo humano en el hombre.<sup>13</sup>*

La persona en cuanto idea regulativa tiene la doble función de apertura y límite, donde límite tendría por un lado el sentido de un telos o finalidad, pero al mismo tiempo sería el límite ya apuntado en el sentido de sujeción de las fuerzas naturales. Refiriéndose a la resolución del conflicto en la original tensión dice Romero:

*La fórmula peculiar de cada individualidad no es sólo la de una estructura interna; es también un modo especial de articularse con el conjunto, de engarzarse en el complejo social y cultural, un régimen de intercambio sumamente complicado, que recorta para cada una el ámbito externo que le es adecuado, que estatuye la índole y magnitud de lo que otorga y de lo que toma o exige. Por lo tanto, la fórmula individual (léase resolución de aquella original tensión) no significa solamente un relativo equilibrio interior, sino también una cierta normalidad en las relaciones con la comunidad y la cultura circundantes, normalidad que no equivale siempre a una tranquila implantación en ellas, sino, en general, a que las tensiones entre cada unidad y su entorno lleguen a tener constancia y permanencia, sin grandes modificaciones, sin altibajos notables; cada unidad se define en su propia contextura y en sus correlaciones con los demás.<sup>14</sup>*

Podría agregarse algo más, y es que el individuo es lo dado, mientras que la persona es lo ganable, lo posible, aquello por lo que se puede luchar, cuyo beneficio reconstruye un universo social desiderativamente distinto y mejor,

cualitativamente mejor. Ya Alejandro Korn en *Incipit vita nova* en 1918 había expuesto la necesidad práctica de crear una nueva filosofía no de carácter científico, sino de orientación ética. Por eso agregaba de modo contundente: *Si queremos un mundo mejor, lo crearemos.*<sup>15</sup> No hay error en decir que Romero se mueve en la misma dirección.

El eje individuo/persona pivotea, además, sobre otro eje enmarcable dentro de la concepción general de la filosofía romeriana: particularismo/universalismo, donde particularidad debería interpretarse como acentuación de los intereses propios en desmedro del bien para otros y para el todo, mientras que universalidad supondría, precisamente, la renuncia a actuar en pos del beneficio particular, entendido éste como acento de tipo egoísta, centrado en el ego que barrería con las posibilidades del prójimo. Aquí habría una inversión del sentido de lo particular frente a lo universal si pensar en la tradición iniciada por Montaigne y seguida por Pascal, Rousseau, Montesquieu, Vico, Kierkegaard, Nietzsche y Unamuno, quienes buscaron rescatar el valor de lo particular frente a lo universal, de lo distinto frente a lo homogéneo. En Romero habría una inversión del sentido, donde lo distinto y diverso estaría en lo universal y no precisamente en lo particular. No queremos decir con ello que Romero aludiera a esa tradición que no llega a mencionar como tal, sino que interpretativamente nos parece que se produciría un uso distintivo de las nociones de particularidad y universalidad si seguimos su letra: Algo más todavía. Es cierto que Romero se mueve desde una determinada concepción de la historia que es eminentemente moderna, según la cual debía haber un desenvolvimiento de las sociedades humanas en base a ciertos criterios de transformación, pero lo que tiene de interesante para nosotros como latinoamericanos es que el criterio homogeneizador es más bien heterogeneizador en el sentido de que puede interpretarse como una crítica social al hombre moderno que, desde la época en que lo mira Romero, había alcanzado su grado máximo de alienación con el mecanicismo del Positivismo que liberaba al hombre de toda responsabilidad ética ante las fuerzas determinantes. Creemos que resulta ser heterogeneizador porque afirma la existencia de dos principios: la libertad y la voluntad como motores del ejercicio ético. Esto quiere decir que las acciones de los seres humanos ya no pueden ser inteligidas en base a un principio único de tipo biológico que les habría dado coherencia y unidad desde el punto de vista científico. Aunque Romero no lo expresara en sus obras filosóficas, pero sí en entrevistas y diálogos, tenía en la mira fenómenos históricamente dados de autoritarismo y represión: el Positivismo, el nazismo y el estalinismo (también, cierta

mente, el fascismo), a quienes veía desprovistos de ética personal, individual, que hiciese responsable al sujeto de sus propias acciones, como ejercicio de la libertad y puesta en obra de los valores, con lo cual el protagonismo de la vida se extendería a todos y cada uno de los miembros de la sociedad. Es cierto que Romero se mueve en la perspectiva de un sujeto trascendental, pero en la medida en que no lo determina deja abierta las posibilidades de su realización siempre que sean conforme a valores éticos con los cuales nadie podría estar en desacuerdo. Su filosofía no impide pensar en sujetos contingentes que luchan desde diferentes perspectivas por configurar otros diferentes modos de realización de bienes, donde el único metacriterio sería, por decirlo una vez más, de carácter ético. Sin embargo en este punto es imposible negar que Romero se mueve en una descripción ontológica que intenta mostrar lo que por esencia somos, pero esto no cierra la puerta a los modos particulares que fácticamente nos van constituyendo. La persona es el límite como forma más acabada, y el límite precisa y diferencia, es donde lo universal se vuelve particular porque se realiza en un ente concreto, y también lo particular se hace universal, porque es a lo que todos deberían tender.

La espiritualidad es actividad y el énfasis de Romero está en la vinculación de la creación de bienes objetivos como determinante de cierto grado de autonomía del espíritu respecto de las fuerzas naturales que permite la iniciativa histórica positiva del hombre considerado como individualidad, donde individualidad puede ser un yo o un conjunto de yoes. El hombre modifica la naturaleza que le rodea, pero esa modificación comienza por su propia naturaleza. Aquí vale recordar que para Romero la naturaleza misma en cuanto objeto de la actividad humana, es ya cultural:

*...la Tierra está culturalizada, porque no hay rincón en ella que escape a las relaciones jurídicas y de dominio; para hallar naturaleza no afectada por la cultura, habría que remontarse a los astros.<sup>16</sup>*

Abundando en la idea se podría decir que el espíritu es una totalidad articulada de momentos que se abren hacia formas y modos "externos", de creación de objetos o bienes culturales que pasan a tener existencia independiente del sujeto. Son "visibles", están en el mundo con relativa autonomía. Este aspecto se vincula con el concepto romeriano de trascendencia. Trascendencia es sobrepasarse a sí mismo en el marco de la experiencia concreta o, como dice Arturo Ardao, *emergencia, en el seno de la inmanencia empírica*. Pero el problema de

Romero, como bien lo especifica Ardao, es que desgaja al espíritu de un *tiempo desasido del espacio*, no así, obviamente, a los bienes culturales.<sup>17</sup>

Por otra parte, Romero presupone una prioridad gnoseológica de orden lógico e histórico con relación a los actos valorativos. Es preciso primero conocer para luego valorar. Sin embargo admite la superioridad lógica y ontológica del orden de los valores. Esta prioridad resulta casi un axioma porque es impensable para él que esté sujeta o dependa de los actos valorativos que, en todo caso, los recrean. Desde el ámbito de la realización de los va/ores, el aislamiento de la relación sociedad civil/Estado válido como momento de análisis por sí solo, deviene estéril desde el ángulo de la realización de la persona porque la partición individuo/persona se juega tanto en la sociedad civil como en el Estado.

La división individuo/persona corresponde al plano de las acciones humanas. Son las formas de las acciones las que establecen las formas diferenciadoras entre lo que es propio o impropio de la persona. Y esto, o su juzgamiento, sólo se resuelve conforme a valores, más aun, conforme a una escala de valores dentro de la cual Romero juzga a unos como superiores a otros. Al respecto nadie dudaría que esa escala responde a una tradición occidental y moderna, dentro de la cual nuestro filósofo se sentía inmerso.

Pero avancemos un paso más. Es propio del hombre ser en el mundo y su *especial contextura consiste precisamente en esto: en hacer del mundo asunto suyo, de muchas maneras: por apropiación cognoscitiva, por una ingerencia práctica, mediante la elaboración estética, por la intervención moral, etc.* Mundo no es lo mismo que medio o ambiente, aquello que vive la planta o el animal, por eso agrega Romero:

*El supuesto común de todo ello (de las muchas maneras de apropiación) es comenzar por admitir el mundo tal como es, sin previa funcionalización, sin convertirlo de antemano en un repertorio de elementos estrictos correlacionados a las demandas o repugnancias de la impulsividad orgánica.*<sup>18</sup>

Yo y mundo no son dos polos que azarosamente se encuentren. El mundo es tal para un yo y el yo sin mundo es para Romero un posibilidad vacía.

Siempre siguiendo *Teoría del hombre* Romero nos dice que la *espiritualidad se constituye sobre la mera intencionalidad, que ya requiere el concurso de los otros.* De este modo el espíritu es un salir de sí, absoluta proyección que no se realiza sino por la sinergia que cuenta con el contorno humano:

*El hombre es un sujeto que, por su continuado ejercicio subjetivo, se convierte en un yo; contempla y concibe un mundo de objetividades que se alarga en el espacio y en el tiempo, y que le incita a vivir tomando en cuenta lo presente, lo ocurrido y lo previsible, y en función, por lo tanto, del pasado y del porvenir; aprovecha el rico depósito de objetivaciones de la comunidad que le llega mediante el lenguaje significativo, y crea y utiliza la cultura, que en sus formas elementales no presupone necesariamente el espíritu.<sup>19</sup>*

El mundo de objetividades al que se refiere Romero es el mundo de la cultura objetiva, sin el cual el yo intencional y el yo espiritual serían inconcebibles. Fruto de la creación y el legado de una comunidad, la cultura posee una doble implicancia: supone la presencia de coetáneos de la cual participan y enlaza al yo con generaciones abolidas. Trabajando esta idea Romero nos dice:

*y la proyección ética, esencial para el espíritu, requiere ineludiblemente contar con los otros y aun en eso consiste, ya que es ponerse a un principio que solo en los yos puede ser encontrado.<sup>20</sup>*

La misma superación espiritual halla su campo fertilizador en la relación con el mundo, es así como la voluntad experimenta en la relación con los otros situaciones de estímulo o de depotenciación. En otras palabras, el encuentro con la cultura y con los otros yoes puede suscitar estímulo para la superación, en unos casos, y en otros para sumergimos en abyectos niveles de humanidad.

Sumariamente podríamos decir que el individuo corresponde al hombre visto como naturaleza, mientras que la persona corresponde al plano más alto de la relación social que ve al "otro" como un "ello", es decir cuando no se lo mediatiza, y se lo convierte en un fin en sí mismo.<sup>21</sup> La sociabilidad plena se alcanza así por el espíritu y su nota esencial, la objetividad, que hace del entorno un mundo. Ahora bien, la objetividad no se contenta con el valor teórico, es decir, con el saber o conocer, sino que es impulsado, por el reconocimiento del valor de la trascendencia, al asentimiento práctico, esto es, a la eticidad.

De la importancia acordada por Romero a la persona, tema con el cual comenzamos estas líneas, cabe inferir que ella es la prefiguración y el núcleo de lo que llamamos auténtica vida comunitaria, esquema dentro del cual el individuo, con actos centrados en sí mismo, sería degradación de la vida humana más plena y la anulación de la dimensión ética de ésta. Superar la instancia del individuo -de comportamientos egoístas y excluyentes-, es lo que permite una vida más justa y

solidaria en el sentido de comunidad fraternal.

Es la visión social del hombre la que sustenta la teoría de la persona romeriana, visión sin la cual no podría tenerse una comprensión cabal de su teoría del hombre.

### Notas

- 1 Angel J. Cappelletti, "Francisco Romero y el espiritualismo latinoamericano del siglo XIX", en Arturo Ardao et al., *Francisco Romero, maestro de la filosofía latinoamericana*. Caracas, Sociedad Interamericana de Filosofía, 1983, p. 43. El mismo artículo reimpresso en Angel J. Cappelletti, *Filosofía argentina del siglo XX*. Rosario, Universidad Nacional de Rosario Editora, 1995.
- 2 Véase Francisco Miró Quesada, "Reportaje a Francisco Romero", en Arturo Ardao et al., *op. cit.*, p.129-139.
- 3 Francisco Romero, *Selección de textos*. Prólogo de Juan Carlos Torchia Estrada. Buenos Aires, Secretaría de Cultura de la Nación en coproducción con Marymar Ediciones, 1994, pp. 206-207.
- 4 *Ibid.*, p. 201.
- 5 Véase Jorge Dotti, *La letra gótica. Recepción de Kant en Argentina, desde el romanticismo hasta el treinta*. Buenos Aires, Universidad Nacional de Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras, 1992.
- 6 Véase Clara de Bertranou, "Francisco Romero y el personalismo de Edgard Brightman", en *Revista Interamericana de Bibliografía* v. XXXVI, n. 3, 1996, pp. 324-332.
- 7 Francisco Romero, "Filosofía de la persona", en *Filosofía de la persona y otros ensayos de filosofía*. Buenos Aires, Ed. Losada, 1944.
- 8 *Op. cit.*, p. 18.
- 9 Francisco Romero, *Teoría del hombre*. Buenos Aires, Ed. Losada, 1952, p. 247.
- 10 *Ibid.*, p.247.
- 11 *Ibid.*, p.122.
- 12 *Ibid.*, p.247.
- 13 *Ibid.*, p.240.
- 14 *Ibid.*, pp.253-254.
- 15 Alejandro Korn, *Incipit vita nova*, en *Atenea*, 1, 1918. Reproducido en *Obras Completas*. Buenos Aires, Claridad, 1949, p.211.
- 16 *Teoría del hombre*, p.120.
- 17 Arturo Ardao, "La idea de inteligencia en Romero", en *op. cit.*, p. 24. Véase por ejemplo *Teoría del hombre*, p. 164.
- 18 *Teoría del hombre*, p. 284.
- 19 *Ibid.*, p.240.

- 20 Ibid., p.302.
- 21 Además de *Teoría del hombre*, sobre este tema véase "La comprensión del prójimo", en *La nueva democracia* v. XXXIV enero 1954 n. 1, pp. 22-29.

